

ENTRE BAKUNIN Y BATLLE

LOS APOYOS ÁCRATAS AL REFORMISMO BATLLISTA

(1911-1917)

LÍA FIERRO¹

RESUMEN

Esta ponencia pretende abordar las formas en que el reformismo batllista de las primeras décadas del siglo XX se vinculó con distintas expresiones de la militancia anarquista de ese entonces.² El batllismo constituyó un movimiento político de suma relevancia para el Uruguay, que impulsó un amplio programa de reformas sociales, económicas y políticas. Su principal líder, José Batlle y Ordóñez, ocupó la presidencia en dos ocasiones, que abarcaron los lapsos comprendidos entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915. El cariz de aquellas reformas captó la atención de numerosos anarquistas, y llevó a que varios de ellos le dedicaran al batllismo múltiples formas de apoyo, o incluso lo acompañaran a nivel electoral. El anarquismo era entonces la corriente ideológica mayoritaria en el seno de los trabajadores organizados del Uruguay, y sus postulados eran enarbolados por reconocidos militantes obreros, así como por destacados intelectuales. El hecho de que distintos propagandistas libertarios — usualmente caracterizados por su rechazo hacia el Estado y hacia la participación político-electoral— simpatizaran con un movimiento político que ocupaba el gobierno generó amplios dilemas. A los modos y los alcances en que aquellos ácratas se plegaron o adhirieron de algún modo al batllismo se orientará este trabajo.

INTRODUCCIÓN

Las últimas décadas del siglo XIX, así como las primeras del XX, conocieron una notoria difusión del anarquismo en tanto ideología y marco de referencia militante de miles de trabajadores. En el Río de la Plata, el pensamiento ácrata alcanzó entonces una

¹ Estudiante de la Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), Universidad de la República (Udelar).

² Esta ponencia se inserta en el marco de la tesis de grado que me encuentro elaborando para la Licenciatura en Historia, tutorada por la docente Inés Cuadro (FHCE, Udelar).

gran presencia, alentada por la inmigración proveniente de Europa, así como por el clima socioeconómico gestado en el ámbito local. Esta propagación del anarquismo estuvo, además, muy ligada a la aparición de Sociedades de Resistencia obreras. Si bien el anarquismo contaba con vertientes variadas —no siempre entroncadas en una impronta de clase—, el anarcosindicalismo se convirtió en su expresión más difundida, aunque convivió y dialogó con otras. A grandes rasgos, la tendencia anarcosindicalista, inspirada, entre otros autores, en Mijaíl Bakunin, colocaba a los sindicatos como herramientas fundamentales de transformación, a través de las cuales expandir la doctrina ácrata. En esta línea, las Sociedades de Resistencia obreras, que representaban a distintos oficios dentro del trabajo asalariado, ocuparon un rol fundamental. En 1905 se conformó la Federación Obrera Regional Uruguay (FORU), con el objetivo de constituirse como central de trabajadores. Esta se definió en su congreso fundacional como una organización «puramente económica», desligada de todo interés político. El rechazo hacia la participación electoral era uno de los pilares constitutivos del anarcosindicalismo, que descreía de la vía electoral y proponía distintas modalidades de «acción directa». El sabotaje, el boicot y las huelgas generales y parciales fueron algunas de las herramientas de protesta que la Federación definió utilizar al nacer.

Por otra parte, el batllismo, nacido en el seno del Partido Colorado, fue un movimiento político conformado durante las primeras décadas del siglo XX, cuyo núcleo fundamental se originó, fundamentalmente, durante la segunda presidencia de Batlle. Los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum³ identifican en ella el surgimiento del batllismo como tal, en tanto corriente política perteneciente al Partido Colorado, pero diferenciada de otras vertientes de él.

Esta corriente —también denominada como «reformismo»—, suele ser recordada por haber mantenido una singular preocupación por los «desválidos», a quienes concebía y retrataba como un constante objeto de su amparo y protección. De acuerdo con distintos autores, el batllismo se conformó en un contexto donde se estaban vivenciando en Uruguay las consecuencias de la instalación del capitalismo y de la masificación del trabajo asalariado, ante lo cual buscó —de un modo que ha sido largamente debatido y analizado— modificar las condiciones vitales de los trabajadores. Según Carlos Real de

³ El tomo tres de la obra *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, de autoría de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum se titula «El nacimiento del batllismo», y refiere precisamente a la segunda presidencia de dicho mandatario, donde habría nacido el batllismo como tal.

Azúa, el mismo José Batlle y Ordóñez mantenía un singular «estar con los pobres»,⁴ que lo llevaba sensibilizarse con los sectores económicamente frágiles.

Concretamente, esto se tradujo en un conjunto de medidas que el batllismo impulsó, entre las cuales se destacan la «ley de ocho horas» (1915), la ley de prevención de accidentes de trabajo (1914); o la ley de indemnización por despido a los empleados del comercio (1914), entre otras.

Al mismo tiempo, distintos investigadores han aludido a la tolerancia que el reformismo habría mantenido frente a la militancia obrera. El investigador Carlos Rama, por ejemplo, ha sostenido que sin las garantías que Batlle dio al movimiento obrero y social «difícilmente hubieran podido aprobarse las leyes sociales y menos subsistir, pues faltarían los sindicatos, clubes, centros y su prensa», afirmando que «el ambiente de libertad es necesario para movilizar a los obreros».⁵

Ante tal clima social, ciertos militantes ácratas se acercaron, de diferentes modos, al movimiento presidido por Batlle y Ordóñez. De este modo, pusieron en cuestión aquel mentado «apoliticismo» doctrinario, o le imprimieron una nueva forma.

Este punto ha sido abordado por distintos estudios ya existentes, aunque cabe seguir afinando sus abordajes e interpretaciones, para esclarecer qué alcance tuvo aquel acercamiento, cómo fue concebido por sus protagonistas, y de qué forma ellos se representaron y definieron a nivel político e ideológico. Estas interrogantes, podrán ser útiles para comprender qué se entendía por anarquismo durante el novecientos en Uruguay, cuáles eran sus diferentes acepciones y qué disputas mantuvieron los anarquistas en torno al significado de la doctrina a la que adherían, en relación y en diálogo con el reformismo batllista.

La cronología establecida se fundamenta, por un lado, en la asunción de la segunda presidencia de Batlle, acaecida en 1911, y por otro, en el estallido de la Revolución Rusa, que irrumpió en 1917. Este acontecimiento internacional dividió a la militancia ácrata y constituyó un nuevo foco de sus disputas internas, que antes habían estado, en buena medida, enfocadas en los dilemas aparejados a raíz de las adhesiones a la administración batllista. Por otra parte, debe apuntarse que, si bien la cronología

⁴ Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Ediciones de la Banda Oriental, 1964, p. 26.

⁵ Carlos Rama, *Batlle y el Movimiento Obrero y Social*. En: *Batlle, su vida, su obra.*, Montevideo, Editorial Acción, 1965, p. 43.

establecida excede al segundo gobierno de Batlle, incorporando también un lapso asociado a la presidencia de Feliciano Viera, los años 1916 y 1917 continuaron una tendencia expresada ya durante los años anteriores, donde distintos anarquistas se declararon afines al batllismo o a Batlle, aunque este ya no fuese Presidente de la República.

ANARQUISTAS Y REFORMISTAS EN EL URUGUAY DEL NOVECIENTOS

Algunas bases convergentes

Como hemos adelantado, el batllismo de principios de siglo presentaba algunos rasgos característicos que acercaron a ciertos ácratas a él. En este sentido, la evidente ligazón que los militantes libertarios mantenían con el mundo obrero hizo que algunos de ellos vieran en el batllismo una posibilidad para mejorar las condiciones vitales de los trabajadores. Asimismo, los ya referidos historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum han destacado la impronta «moral» que el batllismo presentaba, sosteniendo que sus pautas éticas, culturales y vitales sintonizaban de algún modo con el entramado simbólico del anarquismo. Aunque las semejanzas no fueron espejadas ni cabales, existían ciertas bases convergentes que hacían que

se rechazase en lo personal el matrimonio religioso, se viera con simpatía a los «agitadores» del «dormido» mundo obrero, se estuviera psicológicamente predispuesto a dar la razón a los "de abajo", así como a poner en tela de juicio los principios de la moral dominante, desafiándola y burlándose de ella.⁶

En esta línea, la tendencia del batllismo a rechazar y descreer las pautas constitutivas de la moral católica, se emparentaba con el profundo anticlericalismo ácrata. Además, el propio Batlle y Ordoñez manifestó, ya durante su primera presidencia, una singular disposición a que los militantes anarquistas expulsados de Argentina pudiesen instalarse en Uruguay.⁷ Este punto ha sido uno de los rasgos más destacados por los historiadores

⁶ José Pedro Barrán y Benjamín Nahum. *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico, Tomo 3*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1982, pp. 165-166.

⁷ En 1902, bajo el gobierno de Julio Roca, se aprobó en Argentina la Ley de Residencia. Esta norma autorizó al Poder Ejecutivo a expulsar a aquellos individuos que perturbaran «el orden público» o pusieran en riesgo «la seguridad nacional»; lo cual recayó, en buena medida, sobre anarquistas y socialistas. Muchos de ellos se instalaron entonces en Uruguay, y desde allí difundieron sus preocupaciones por la situación que se vivía del otro lado. Ante estos hechos, los gobiernos de José Batlle y Ordoñez mantuvieron abiertas las fronteras uruguayas y permitieron la llegada de los ácratas, lo cual evidenció el contraste existente entre el batllismo y el gobierno de Roca, y colaboró en la cercanía construida entre batllismo y anarquismo. Durante la segunda presidencia de Batlle, además, la tendencia «de puertas abiertas» volvió a explicitarse, cuando se le permitió ingresar al Uruguay a los militantes ácratas que tenían prohibido el acceso a Argentina, ante la Ley de Defensa Social aprobada allí en 1910.

a la hora de referir a los vínculos existentes entre batllistas y anarquistas.

A su vez, otros miembros importantes del elenco político reformista expresaron explícitamente su simpatía por la actividad de los «agitadores» ácratas. Tal fue el caso de Domingo Arena,⁸ quien en 1905 escribió una serie de artículos de prensa donde afirmó que la militancia anarquista no respondía a la mera voluntad de agitación de sus líderes, sino a las malas condiciones de vida que los obreros sufrían.

Este tipo de guiños simbólicos configuraron el clima sociopolítico aludido. Sin embargo, cabe señalar que la simpatía estuvo lejos de ser lineal o permanente. Así como el batllismo se mostró cercano o tolerante ante la actividad ácrata, se encargó de evidenciar sus diferencias con ella. Estas complejidades se explicitaron en varios sucesos concretos, donde el gobierno mostró un perfil vacilante o contradictorio con relación a cómo posicionarse frente a las movilizaciones anarquistas y obreras. Si por momentos avaló y facilitó el desenvolvimiento de ellas, también recurrió a la disuasión y la presencia policial cuando lo creyó necesario. Además, no todos los batllistas coincidían en estos puntos, y sus divergencias internas fueron públicamente conocidas.⁹

Por otra parte, aquel perfil «obrerista» condicionó el relacionamiento del batllismo con la oposición y signó las críticas que esta le dedicó. Aunque las cercanías mantenidas entre batllistas y anarquistas fuesen limitadas y contradictorias, resultaban alarmantes para otros sectores del espectro político, que identificaban en el reformismo batllista una peligrosa impronta radical o «jacobina».¹⁰ De este modo, las expresiones de simpatía esbozadas por ciertos miembros del elenco batllista hacia la actividad ácrata se combinaron con discursos moderados que buscaron desalentar las acusaciones provenientes de los autoproclamados sectores «conservadores». Ante los ojos ciertos opositores, Batlle podía llegar a ser caricaturizado como un «presidente anarquista»; lo cual fue desmentido por el batllismo, y también por varios ácratas, aunque algunos de

⁸ Domingo Arena, nacido en Italia en 1870, emigró al Uruguay a los pocos años de vida y se convirtió, sobre el siglo XX, en una de las figuras políticas más cercanas a José Batlle y Ordoñez. Arena fue diputado, senador, miembro del Consejo Nacional de Administración, director del diario *El Día*, y figura fundamental del reformismo batllista. La historiografía suele destacar su profunda sensibilidad ante la cuestión obrera, su pensamiento social radical y republicano, y su profusa actividad política, periodística y parlamentaria.

⁹ Un ejemplo de ello se evidenció cuando estalló la primera huelga general de la historia del Uruguay, en 1911. Esta huelga tuvo como origen un conflicto laboral de los trabajadores tranviarios, ante el cual la FORU se solidarizó llamando a una huelga general. Frente a ella, la actitud del Ministro del Interior del momento, Pedro Manini Ríos, contrastó con la actitud del Presidente José Batlle y Ordoñez, menos proclive que aquel a limitar la actividad huelguística.

¹⁰ Para ver más sobre ello: Gerardo Caetano *El liberalismo conservador*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2021.

ellos simpatizaran con el presidente.¹¹

APUNTES HISTORIOGRÁFICOS

Existen distintos estudios historiográficos que aluden a los anarquistas cercanos al batllismo. La obra de Barrán y Nahum, si bien aborda el tema de forma somera, refiere a algunos episodios que lo jalonaron, como el de la incorporación Emilio Basterga — asociado al anarquismo— a filas batllistas.

Las alusiones a los «anarcobatllistas» o al «anarcobatllismo» aparecen en distintos escritos, donde se le asigna a este fenómeno distintos alcances o caracterizaciones, según el trabajo que observemos.

En el año 1927, el investigador y militante anarquista Diego Abad de Santillán se refirió a la corriente «anarcobatllista» como una suerte de deformación transitada por ciertos ácratas, adheridos a las políticas impulsadas por José Batlle y Ordóñez. Sus apuntes expresan, de algún modo, la percepción que grandes sectores del movimiento libertario mantuvieron al respecto, reconociendo que aquellos ácratas cercanos al batllismo habían «desviado» las pautas básicas de su doctrina.

Posteriormente, el tema fue abordado por distintas investigaciones. En el año 1956, Carlos Rama se refirió a ello en su texto titulado *Batlle y el movimiento obrero y social*, donde sostuvo que centenares de militantes sindicales, socialistas, y, sobre todo, anarquistas, se incorporaron a las filas batllistas. En esta línea, aunque sin especificar sus nombres, afirmó que al observarse la nómina de intelectuales libertarios de principios de siglo XX, puede verificarse que la mayoría de ellos terminaron por inclinarse hacia el batllismo.¹² Asimismo, sostuvo que en ello hubo

toda una graduación de situaciones. Desde el «anarcobatllista» —término ya de

¹¹ En el año 1911, un militante ácrata que se encontraba residiendo en Uruguay, llamado Carlos Balsán, escribió en el diario *El Día* —portavoz oficial del batllismo— para señalar que Batlle —aunque se lo acusara de ello— no era de filiación anarquista. Balsán se quejó entonces de que las inclinaciones del presidente fuesen asociadas al anarquismo, ya que ello dejaba a los ácratas reducidos «a la expresión de un garbanzo a la vera del señor Batlle y Ordóñez.» En esta línea, entendía que la confusión se originaba porque los políticos estaban acostumbrados «a burlarse impudicamente de la democracia [...] hasta el punto de haberla convertido en un verdadero feudo autocrático en su infamante cotejo de eunucos y cosacos», por lo cual les causaba asombro la rareza «de un gobernante —ejemplar casi único de su especie— que pretende, (...) gobernar de acuerdo con las leyes de su país y respetar los derechos de todos, siempre que esos todos [...] comiencen por respetar el principio de autoridad.» En contraste con los demás, Batlle era entonces acusado de «anarquista, antipatriota, mal gobernante y enemigo del orden», aunque Balsán decía no verle «el anarquismo por ningún lado». Este militante asumirá años más tarde, en 1916, haber confiado a Batlle en el pasado, aunque en este artículo lo encontramos precisamente deslindando al anarquismo del batllismo. Ver más en: *El Día*, 3 de junio de 1911.

¹² Carlos Rama, *Batlle y el movimiento obrero y social...* op. cit, p. 55.

recibo en nuestro léxico para aquel que dice conciliar en su persona ambas concepciones políticas—, hasta el anarquista ortodoxo que no transige su antipoliticismo, pero tampoco combate a Batlle, hay todo un cuadro de ejemplos. Se ha dicho que Batlle favorecía o simpatizaba con los anarquistas, y efectivamente muchos de ellos fueron llevados directamente a cargos de responsabilidad en la Administración. Posiblemente fuera más un caso de psicología que de ideología.¹³

Estos aportes, naturalmente, constituyen una referencia significativa para nuestro trabajo y dialogaremos con ellos constantemente. El mismo autor, además, en un texto elaborado junto a Ángel Cappelletti, advirtió que la conformación de la corriente «anarcobatllista» fue un «fenómeno casi único dentro del movimiento anarquista mundial», adjudicándole cierto tinte de excepcionalidad.¹⁴

Por otro lado, el investigador Fernando López D'Alesandro ha referido también al tema en cuestión. Su profuso estudio sobre la izquierda uruguaya, ejemplifica algunas de las distintas reacciones que el campo libertario conoció frente a los gobiernos de Batlle, y cita a algunos de los anarquistas más destacados de la época, señalando que, hacia la década de 1910, existía un sector filobatllista encabezado por Ángel Falco, Adrián Troitíño y Emilio Basterga.¹⁵ Sin embargo, afirma que esta corriente portaba cierta «falta de claridad doctrinaria» y niega que el batllismo haya efectivamente incorporado a los anarquistas al sistema.

Otro investigador que ha realizado aportes significativos sobre este punto es Lars Edward Peterson, quien refiere al «anarcobatllismo» como una «ideología» cabalmente expresada en la revista *Salpicón*, editada por Leoncio Lasso de la Vega.¹⁶

El historiador Gerardo Caetano, por otra parte, ha aludido al caso de Edmundo Bianchi para ilustrar el cariz del ambiente «progresista» del novecientos, que acercaba a anarquistas, socialistas y batllistas. Su texto *La República Batllista*, aunque refiere al tema brevemente, define al «anarcobatllismo» como un «conjunto de trasvasamientos» encarnado por distintos ácratas.¹⁷

De modo más reciente, el investigador Daniel Vidal ha hecho aportes destacables sobre

13 *Ibidem*.

14 Ángel Cappelletti y Carlos Rama, *El Anarquismo en América Latina*, Caracas, 1990, p. 101.

15 Fernando López D'Alesandro, *Historia de la izquierda uruguaya*, Tomo II, Parte I, p. 100.

16 Lars Edward Peterson, *In the shadow of Batlle...* op. cit, p. 121. Lasso de la Vega, nacido en Sevilla en 1862, se instaló sobre fines del siglo XIX en el Río de la Plata y ejerció allí una profusa labor intelectual. La Revista *Salpicón*, que se encontraba a su cargo, se editó entre 1910 y 1911.

17 Gerardo Caetano, *La República Batllista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011.

el anarquismo del 900 y sus manifestaciones culturales. Algunos de sus textos se detienen en el presunto «anarcobatllismo», y reconocen en las administraciones de Batlle un «doble accionar», que alternó, en relación a la militancia obrera y ácrata, la benevolencia con la dureza represiva. Esta contradicción aparente, para Vidal, se fundamentó en la misma naturaleza del batllismo, que, si bien podía mostrarse cercano a los agitadores obreros, mantenía un apego radical a la democracia burguesa y podía acompañar a los militantes siempre que no sobrepasaran los límites impuestos por la legalidad. En relación a la mentada cercanía que algunos ácratas mantuvieron con él, Vidal señala que «anarquismo no es reformismo», y explicita algunas de sus diferencias doctrinales inherentes. De esta forma, intenta mostrar que, aunque algunos anarquistas se acercaron a Batlle, el campo libertario presentaba diferencias de fondo con el batllismo.¹⁸

En otro de sus textos, el mismo autor refiere a los anarquistas que «se volcaron» a filas batllistas, como Francisco Berri, Félix Basterra, Virginia Bolten, Adrián Troitiño, Fernando Falco, Antonio Zamboni, Gino Fabbri, Orsini Bertani, Edmundo Bianchi, Francisco Corney, Justo Deza, Juan B. Medina, E. Clerici y Carlos Zum Felde.¹⁹ Esta definición del «anarcobatllismo» como un «vuelco» de ciertos ácratas hacia el batllismo puede colaborar en la reflexión en torno a la misma naturaleza del fenómeno, y al intento de determinar si aquellos procuraron formular una síntesis entre ambas corrientes, o más bien plegarse definitivamente al reformismo.

Son varios los textos que encuentran en los «anarcobatllistas» una indudable y palmaria desfiguración de las bases ácratas fundamentales. Estos suelen referir a la grieta insalvable que se abrió entre el anarquismo «filobatllista» —por llamarlo de algún modo— y el anarquismo revolucionario: aquel que no habría enflaquecido ni habría sido seducido por la demagogia gubernamental. En una línea semejante, pueden ubicarse los profusos estudios del investigador Pascual Muñoz, que ha abordado el tema en distintos escritos.²⁰

18 Daniel Vidal, *La disputa por el pueblo entre anarquismo y batllismo*. En: González Leandro y Armando V. Minguzzi (comps.), *Narrativas de la cohesión social en publicaciones periódicas del Cono Sur americano, 1900-1940*, Madrid, Editorial Polifemo, 2019.

19 *Ibidem*.

20 Algunos ejemplos son los siguientes: Pascual Muñoz, *La primera huelga general en el Uruguay, 23 de mayo de 1911*. Montevideo, La Turba Ediciones, 2011; Pascual Muñoz, *La tormenta obrera: Primero de mayo de 1913*. S.d; Pascual Muñoz, *Huelga en los Frigoríficos del Cerro. 1916-1917*. S.d; Pascual Muñoz, *Antonio Loredó. Aletazos de tormenta. El anarquismo revolucionario a comienzos del siglo XX*. Montevideo, La Turba Ediciones, 2017.

De cualquier modo, la bibliografía referida no ha logrado precisar cabalmente de qué manera los presuntos «anarcobatllistas» se autoconcebían y autorrepresentaban a nivel político o ideológico, ni clarificado qué tipo de adhesión al batllismo encarnó cada uno de ellos. En este sentido, creemos oportuno problematizar las alusiones historiográficas al «anarcobatllismo» e intentar dilucidar qué nociones sobre este acercamiento se encontraron en diálogo y en disputa en el contexto del propio novecientos. El análisis de las trayectorias individuales de los ácratas en cuestión nos permite concluir que el rótulo constituye una designación elaborada por agentes ajenos a sus presuntos protagonistas. No se han hallado ácratas cercanos al batllismo que se referencien a sí mismos de tal modo, sino heterogéneos casos de simpatía o participación en el movimiento reformista. En esta trama, puede reconocerse a intelectuales y obreros que habitaron el anarquismo de diferentes modos y formas, asumiendo también diversas inclinaciones hacia el reformismo. Algunos de ellos, como Emilio Basterga²¹ o Francisco Corney,²² obtuvieron responsabilidades políticas en el Partido Colorado y en el batllismo, llegando, en el primer caso, a afirmar que el apoyo a Batlle era el modo más sincero y efectivo de enarbolar las enseñanzas de Bakunin. También, existieron quienes derivaron su actividad política hacia *Avanzar*:²³ agrupación batllista conformada sobre principios de la década de 1930, a la que se integraron militantes vinculados al anarquismo como

²¹ Emilio Basterga constituyó uno de los más tenaces defensores del batllismo en la órbita de los trabajadores. Según *El Socialista*, «sus ideas partidarias primitivas fueron declararse colorado». Sin embargo, «convencido [...] de que su sitio no era el de estar satisfaciendo ambiciones personales al servicio de una causa contraria a sus intereses y a los de sus compañeros de trabajo [...]», se volcó hacia el anarquismo, aunque «muy pronto se aburrió» de ello y pasó a dedicarse al sindicalismo, para luego declararse «colorado y un orgulloso tradicionalista». Ver más en: *El Socialista*, 2 de noviembre de 1913. Cabe tener presente que esta descripción fue publicada por la prensa socialista, que solía criticar duramente la actividad política de Basterga.

²² Una monografía inédita de Alejandro Pérez Couture ha abordado su tránsito particular, mostrando que Corney, de profusa militancia obrera y anarquista, terminó convirtiéndose en un informante de Virgilio Sampogaro —jefe político y de policía de Montevideo designado por el segundo gobierno de Batlle—, y en un declarado batllista tiempo después. Este militante había nacido en Barcelona en 1874, trabajado como tornero y arribado a Buenos Aires en el año 1900, erigiéndose en un destacado miembro de la Federación Obrera Regional Argentina. En 1905, le fue aplicada la Ley de Residencia, y tuvo que trasladarse al Uruguay. Ya entonces fue cuestionado por otros anarquistas, quienes advertían en él ciertas actitudes personalistas. Sin embargo, ocupó un rol destacado en la militancia ácrata. Hacia 1911, de todos modos, firmó un *Manifiesto de apoyo al Presidente* que se le dedicó a Batlle durante ese año, aunque, según Pérez Couture, fue en 1916 que se hizo pública su incorporación formal al batllismo. El archivo del Jefe Político y de Policía de Montevideo Virgilio Sampognaro deja en evidencia la fluidez en sus comunicaciones con Corney, quien lo entendía un «amigo» y «correligionario» al que informaba asiduamente sobre los asuntos internos del movimiento obrero. Ver más en: Alejandro Pérez Couture, *Los estribadores y el «KIOSKO CORNEY»*. Una experiencia «Obrerista» peculiar del Batllismo. 1991, Monografía inédita, FHCE, Udelar, Uruguay.

²³ Este grupo fue fundado hacia principios de la década de 1930, y se convirtió, quizás, en la rama más radical del batllismo. Su líder Julio César Grauert sería asesinado en 1933, en el marco del golpe de Estado liderado por Gabriel Terra. Para ver más sobre Grauert, consultar: Kurken Didizian, *Julio Cesar Grauert. Discipulo de Batlle*. Editorial AVANZAR, Montevideo, 1967.

Virgina Bolten²⁴ o Fernando Falco.²⁵ En otros casos, encontramos anarquistas que le dedicaron al reformismo claros gestos de aprobación, aunque sin incorporarse a las estructuras partidarias que este ofrecía. Un claro caso de ello puede hallarse en Leoncio Lasso de la Vega,²⁶ quien, aunque fue catalogado como exponente del «anarcobatllismo» por el investigador Lars Edward Peterson, no integró orgánicamente los espacios de participación partidaria que el batllismo desplegaba.

También, pueden destacarse algunos casos de anarquistas que, luego de apoyar a Batlle electoralmente y declararlo de forma pública —como lo hizo Adrián Troitiño²⁷ en 1916— se inclinaron hacia el Partido Socialista. Estas trayectorias resultan de particular interés porque incluyen un pasaje por distintas vertientes que, si bien mantenían sensibilidades comunes en algunos aspectos, presentaban visibles diferencias.²⁸

²⁴ Esta militante, nacida en Argentina hacia 1876, ejerció, como muchos de sus pares, una militancia obrera y ácrata destacada en ambos márgenes del Río de la Plata, desempeñándose en su juventud como obrera de la industria del calzado. La sostenida preocupación que expresó en torno a la situación particular de las mujeres obreras, fue uno de los rasgos más destacados de su prédica, en el cual la historiadora Inés Cuadro se ha detenido en profundidad. Ver más en: Agustina Prieto, Laura Fernández Cordero, Pascual Muñoz. *Tras los pasos de Virginia Bolten*. Políticas de la memoria, n. 14, verano 2013/14; Inés Cuadro, *Anarquismo e identidades de género en el Uruguay del novecientos*. Claves. Revista de Historia, Vol. 3, N° 5, Montevideo, julio-diciembre 2017.

²⁵ Este anarquista es identificado por Daniel Vidal como uno de los que se «volcó» al batllismo. Ver más: Daniel Vidal, *La disputa por el pueblo entre anarquismo y batllismo...* op. cit. Si observamos las fuentes de época, podremos encontrarlo también participando de la prensa socialista, y décadas más tarde en las actividades organizadas por la agrupación *Avanzar*. Ver más en: *El Socialista*, 12 de agosto de 1916; *El Ideal*, 1931.

²⁶ Nacido en Sevilla en 1862, e instalado en Montevideo años después, fue un intelectual controvertido y de taxonomía ideológica imprecisa. Zubillaga, por ejemplo, destaca su acercamiento, sobre 1910, al socialismo en gestación, así como su apoyo reformista. Esta figura, usual asistente del Centro Internacional de Estudios, habitó cierto hibridismo militante y conceptual, definiéndose socialista, pero también cercano al pensamiento ácrata. Si bien Daniel Vidal sostiene que aquél «nunca adscribió su pensamiento a la doctrina anarquista», el investigador Peterson lo reconoce como el propulsor del «anarco-batllismo»: en palabras del autor, una «ideología» manifestada a través de la revista *Salpicón*, dirigida precisamente por Lasso de la Vega. Esta revista mantenía una tenaz campaña anticlerical, en sintonía con los círculos liberales de la época, pero también dedicaba largas páginas a difundir la doctrina propiamente ácrata, procurando abordar sus alcances y componentes principales.

²⁷ Adrián Troitiño nació en 1869, en España, y migró hacia el Río de la Plata a los pocos años de edad. En Buenos Aires, ejerció su labor de obrero panadero, y se vinculó con los círculos libertarios de forma sostenida y destacada. Al instalarse en Montevideo, se enfrentó a las dificultades que su militancia le imponía a la hora de obtener un empleo estable —ya que las empresas eran reticentes a aceptarlo como empleado— y por eso pasó a dedicarse a la venta de diarios y revistas. Si en 1910 lo habíamos encontrado afirmando que los trabajadores no debían involucrarse en política partidaria, años más tarde su situación parecía haber cambiado. Sus «declaraciones» de 1916 han sido tomadas por Barrán y Nahum para ejemplificar las formas en que los trabajadores apoyaron a Batlle. Allí, Troitiño sostuvo, ante las elecciones para la Constituyente: «Nunca me mezclé en cuestiones políticas. Nadie puede decir que obtuve mi voto nunca. Sin embargo, mañana pondré también mi lista en las urnas. Votaré por Batlle. Y el obrero que, pudiendo, no lo haga así, es un desagradecido». Ver más en: *El Día*, 30 de junio de 1916.

²⁸ El Partido Socialista, conformado sobre 1910, mantuvo profundas diferencias con el anarquismo a lo largo de todo el período estudiado. Dicho partido, influenciado por la Segunda Internacional, creía en la necesidad de conquistar sucesivas mejoras en las condiciones de vida de los obreros, a través de la participación electoral y la actividad parlamentaria. El apego a esta vía de transformación contrastaba tajantemente con la opción de los ácratas y su defensa de la acción directa. Sin embargo, esto no impidió que se tejiera cierto puente entre anarquistas y socialistas, que se hallaron, muchas veces, compartiendo mitines, protestas, manifestaciones y consignas. El investigador Lopez D'Alesandro ha mostrado que, por ejemplo, esta convivencia entre el socialismo y los ácratas se reflejó en 1909, frente al asesinato del anarquista español Francisco Ferrer. Este suceso internacional indignó a socialistas, anarquistas, liberales y batllistas, que se encontraron en las calles protestando por lo que creían una flagrante injusticia del gobierno español de la época.

LA VOZ DE LOS PROTAGONISTAS

Para una mayor comprensión de la cercanía aludida, cabe hacer mención a las explicaciones que los militantes involucrados erigieron al argumentar sus posiciones. Algunos de ellos destacaron por la potencia y asiduidad con que justificaron sus inclinaciones por el batllismo, como Emilio Basterga. Los artículos que escribió este en el diario oficialista *El Día* resultan de suma relevancia, y expresan un modo determinado de analizar la realidad político-social, donde se reconoció la presencia de un escenario binario y dual, en el que la contradicción planteada entre batllismo y antibatllismo era el quiebre más significativo y determinante al que los trabajadores debían dar respuesta. Para Basterga, la llegada del batllismo al gobierno —y la oposición generada ante ella— había instalado un clima donde los trabajadores no podían abstenerse ni negarse a optar por el bando que —a su criterio— mejor los representaba, que era precisamente el batllismo. La campaña que esbozó entonces fue muy crítica con los opositores al gobierno, y en particular con los ácratas que se negaban a apoyar a Batlle. Su posición adquirió un cariz declaradamente pragmático, donde el antielectoralismo ácrata fue condenado por su falta de anclaje y correlato respecto a la realidad material de los trabajadores.

Desde el presente, podríamos preguntarnos hasta qué punto figuras como esta fueron o *siguieron siendo* anarquistas. Sin embargo, y aunque pasó a renegar de inspiraciones revolucionarias —asumiendo en ellas cierta tendencia desestabilizadora y desfavorable a los trabajadores—, sus argumentos importan porque recurrieron a insumos asociados al anarquismo, en aras de intentar probar que los ácratas realmente incumplidores de su doctrina, eran los antielectoralistas. Basterga sostenía entonces que los «prejuicios revolucionarios» debían estallarse contra la realidad, ya que los hombres de trabajo no vivían «de tortas ideológicas», sino del pan de cada día. Desde esta perspectiva, se reconocía en el antielectoralismo ácrata un cabal desconocimiento de las circunstancias concretas de la realidad social, digno de quienes soñaban «con cosas viejas o demasiado futuras».²⁹ Frente al argumento anarquista según el cual la defensa de la libertad y el apoyo a un gobernante no podían coexistir en un mismo individuo, Basterga contestaba que

Se puede ser amigo del gobernante y las leyes, cuando este favorece el desarrollo

²⁹ *El Día*, 11 de abril de 1913.

de nuevas ideas, sin dejar de ser partidario de la libertad absoluta. No vivimos en la sociedad futura, sino en la presente, que dista mucho de ser un dechado de perfección.³⁰

En tal sentido, el ideal revolucionario debía ser amoldado a «las verdaderas condiciones de vida», residiendo en ello «la verdadera obra revolucionaria», ya que «remontarse a las regiones etéreas del ideal sin caer en la cuenta de que no vivimos en sociedades ideales» era «sencillamente pueril» y contrario a la concreción de la libertad preconizada.³¹

Además, Basterga recurrió a Bakunin para hilar sus argumentos, afirmando que este «tenía razón al afirmar que los más grandes idealistas» eran «los materialistas más groseros».³² Los anarquistas antibatllistas fueron caracterizados, en esta línea, como «pretendidos discípulos» de Bakunin, porque no lograban vislumbrar que para alcanzar el «verdadero ideal», debía pensarse antes en las condiciones materiales de la existencia. Para Basterga, entonces, los antibatllistas asumían una posición inoperante y se oponían «a pesar del maestro» —Bakunin—, a que Batlle elevara la calidad de vida del trabajo.

De un modo similar, aunque sin incorporarse a las estructuras partidarias batllistas, Lasso de la Vega expresó en su *Revista Salpicón* la adhesión que mantenía frente a Batlle. Ya en 1910, incluso, llegó a manifestarse deseoso de que este fuese «anarquista del todo», afirmando:

Cuando le oigo llamar anarquista [a Batlle] por sus enemigos, como un terrible dictorio, yo exclamo en mi interior: «me alegro!»; ojalá pudiera serlo del todo, pero el anarquismo científico, —entiéndase bien— el de Bakunin; el de Kropotkin; el de Reclus. Cuando le oigo llamar revolucionario, aplaudo: porque esa palabra significa demolidor de instituciones decrepitas; edificador de monumentos de progreso; destructor de vicios ancestrales; el que en el campo de las ideas, destruye las carretas para implantar el ferrocarril y el aeroplano; el que abate la estatua de San Bernardo para erigir la de un Newton, del que limpia el hogar social de cucarachas y ratones, y coloca en vez del crucifijo, al símbolo incorpóreo de la Humanidad³³

De este pasaje, al que Lars Edward Peterson se ha también referido, se desprenden varios puntos significativos. Uno de ellos es la aspiración de que Batlle fuese *anarquista del todo*, en una sugerencia que reconoce, aunque no en términos absolutos, la cercanía mantenida entre el líder reformista y los ácratas, y que afirma la misma inspiración anarquista de Lasso de la Vega. Hay, también, una apelación al término *revolución*, a la

30 *El Día*, 22 de abril de 1913.

31 *Ibidem*.

32 *El Día*, 4 de febrero de 1911.

33 *Salpicón*, 9 de noviembre de 1910.

que en otros pasajes de la nota se define «sagrada» e inaplicable para los opositores a Batlle, quienes encarnaban el «odio ancestral de la montonera, y la clerecía, contra la antorcha brillante que flamea sobre nuestras cabezas desde el doble punto de vista civil y religioso».³⁴ Este tipo de alusiones nos permiten vislumbrar las formas en que ciertos propagandistas recurrieron a referencias teóricas e intelectuales asociadas a la doctrina ácrata para justificar el apoyo a Batlle. En ese sentido, sus argumentos ilustraron una profunda discusión mantenida en torno a la significancia última de «ser anarquista». Si para muchos ácratas el apoyo al batllismo era inaceptable y contradictorio con la misma esencia del anarquismo, otros creyeron que este podía ser compatibilizado con aquel, o incluso, sostuvieron que la forma más fiel de homenajear a Bakunin era acercarse al reformismo.

En el año 1917, ante las elecciones del mes de enero que renovaron la integración de la Cámara de Representantes y un tercio de la Cámara de Senadores, el órgano ácrata *El Hombre* denunció la aparición de un *Manifiesto de los avanzados*, firmado por individuos que referían a Batlle como *el Gran Reformador, El, o la gran mente de Piedras Blancas*, y llamaban a apoyar al batllismo en las urnas.³⁵ Desde la redacción de *El Hombre*, se buscó dejar en evidencia que los firmantes del *Manifiesto* se definían «revolucionarios» e incluso «anarquistas», lo cual, desde este medio de prensa, era representado como una insalvable hipocresía o contradicción.

Sin embargo, a partir de las citas que *El Hombre* introduce del *Manifiesto*, así como al analizar resto de los testimonios consultados, puede consignarse que los ácratas cercanos a Batlle, aunque le demostraran variadas muestras de cercanía, no atinaban a definirse «anarcobatllistas». Esta designación parece haber sido formulada con cierta intención despectiva, aunque tampoco suele aparecer evocada por los ácratas que rechazaban a Batlle en la propia época estudiada, sino incorporada varios años después, por aquellos que observaron el fenómeno a posteriori.³⁶

LOS INSPECTORES DE TRABAJO

Uno de los modos en que el contacto del batllismo con la militancia ácrata se manifestó

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *El Hombre*, 13 de enero de 1917.

³⁶ Una designación que sí aparece con más frecuencia en las fuentes de época es la de «anarquistas-batllistas», utilizada de forma despectiva, por ejemplo, en el medio de prensa bonaerense *La Protesta*. Ver más en: *La Protesta*, 1 de junio de 1913.

con mayor claridad puede ubicarse en la designación de Inspectores de Trabajo, acaecida en 1916. Estos inspectores fueron funcionarios encargados de controlar el cumplimiento de la «ley de ocho horas», y ejercieron su tarea bajo la órbita de la Oficina del Trabajo.

Cuando fue sancionada definitivamente esta normativa, en 1915, el entonces senador Pedro Manini Ríos manifestó su preocupación en torno a que la designación de inspectores terminase obedeciendo a fines políticos tendenciosos, y asociados al Partido Colorado.³⁷ Según declaró en la Cámara, creía más conveniente que esta tarea fuese encomendada a delegados emergentes de cada gremio de trabajadores —lo cual podría ser más beneficioso para ellos—, o a funcionarios que ya estuviesen incorporados a la órbita estatal. Sin embargo, el artículo que preveía su designación terminó por aprobarse, y fue reglamentado en febrero de 1916. Durante los meses siguientes, la labor ejercida por estos inspectores recibió variadas críticas, tanto de parlamentarios nacionalistas, como de la prensa socialista y de los discursos expuestos en varios mitines ácratas.

Si bien no hemos podido ubicar la nómina original de sus designaciones, puede ubicarse en el ejercicio de esta tarea al ya mencionado Emilio Basterga, a Francisco Corney, a Osiri Bertani³⁸ y a Ocelli Pizarro. En los tres primeros casos, pueden comprobarse vinculaciones de distinto grado con la militancia anarquista, aunque aún queda pendiente ubicar político-ideológicamente al último de los mencionados. De todos modos, la documentación consultada a partir del Archivo Milton Vanger, nos ha permitido detectar el rol de propaganda política colorada que algunos inspectores impartían. Emilio Basterga, en correspondencia personal con Batlle y Ordóñez, afirmaba en 1921, que «un buen inspector de trabajo» tenía «dos misiones honrosas que cumplir, la de aplicar sin violencia ni arbitrariedades las leyes sancionadas, y la de atraer a nuestras filas el mayor número de voluntades y simpatías por medio de una inteligente propaganda».³⁹ En su caso, así como el de Ocelli Pizarro, puede comprobarse que la actividad de los inspectores era regulada por el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado, que les asignaba tareas y se notificaba sobre distintos

³⁷ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores del Uruguay*, 17 de noviembre de 1915.

³⁸ Para ver más: Pablo Rocca, *Vida y milagros de Osiri Bertani (Una semblanza: quehaceres de la cultura letrada del novecientos*, Revista Let. Hoje, v. 53, n. 2, pp. 275-286, abr.-jun. 2018.

³⁹ Archivo Milton Vanger, Carpeta 35, Documentación del Archivo Batlle. Carta de Emilio Basterga a José Batlle y Ordóñez. 12 de mayo de 1921. (Transcripción).

reportes que los inspectores presentaban.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de estas páginas, hemos procurado abordar algunos puntos convergentes que unieron a batllistas y anarquistas durante principios de siglo XX. El abordaje del contexto sociopolítico en el que se enmarcaron y de los discursos puntuales de algunos ácratas, nos permite extraer algunas conclusiones. En primer lugar, pueden identificarse destacados ácratas —a los cuales no hemos referido en su totalidad, por la limitada extensión de este trabajo— que simpatizaron o adhirieron de algún modo al gobierno de Batlle y Ordóñez. En esta trama, se cruzaron distintos modos de habitar e interpretar el anarquismo. Algunos ejemplos concretos, como el de Emilio Basterga, retratan las complejidades instaladas entonces, tratándose de un integrante del anarquismo que pasó a obtener responsabilidades políticas Partido Colorado y recurría al mismo Bakunine para demostrar la pertinencia de sus posiciones.

En suma, se debatieron posiciones que apuntaban a fortalecer las condiciones materiales de los sectores obreros mediante el amparo de un gobierno reformista, con posiciones totalmente reacias a la actividad gubernamental y la participación electoral. Además, hemos visto que los apoyos ácratas que el batllismo recibió se manifestaron de formas diversas y tuvieron distintas derivas. En esta línea, los nombres que la historiografía ha agrupado como «anarcobatllistas» aparecen dispersos y no siempre conformando agrupaciones comunes, aunque expresan una tendencia repetida a acercarse, simpatizar o integrarse directamente al movimiento reformista de aquel entonces. Una de las formas en que se manifestó este acercamiento residió en la designación de Inspectores de Trabajo, dedicados a controlar el cumplimiento de la ley de ocho horas. Varios de estos inspectores, fueron precisamente de extracción ácrata, y algunos de ellos, como el propio Basterga, acabaron por combinar su labor de control en los establecimientos de trabajo con la consecución de una sostenida propaganda política en favor del batllismo.

REFERENCIAS

Fuentes consultadas

Correspondencia personal de Virgilio Sampognaro y documentación de la Brigada de Orden Público. Archivo Virgilio Sampognaro (Archivos Particulares, AGN, Uruguay)

Transcripciones de correspondencia personal de Batlle y Emilio Basterga. Archivo Milton Vanger (Departamento de Historia del Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay)

Diario de la Cámara de Representantes, Uruguay (1911-1917)

Diario de la Cámara de Senadores, Uruguay (1911-1917)

Diario Oficial, Uruguay (1915-1918)

Actas del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado. En *José Batlle y Ordóñez. Documentos para el estudio de su vida y de su obra. Serie VIII, 1919-1929, Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado*, (1989), Montevideo: Poder Legislativo.

Prensa

El Día (1911-1917)

La Tribuna Popular (1913 y 1916)

Diario del Plata (1913-1915)

El Ideal (1931)

La Mañana (1927)

La Protesta (1911-1917)

El Anarquista (1913)

El Hombre (1916-1918)

La Batalla (1915-1916)

El Tirapié (1910-1912)

El Socialista (1913-1917)

Anarkos (1912)

Guerra Social (1911)

Salpicón (1910-1911)

La Semana (1909-1914)

Acción Libertaria (1929)

Regeneración (1906)

El Libertario (1905)

La Nueva Senda (1909-1910)

Tribuna Libertaria (1907-1909)

Justicia (1920)

El Combate (1917-1918)

Trabajo (1921-1923)

El amigo del obrero (1911-1917)

Aurora (1912)

BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, D. (1927). Resurrección de «La Protesta»; su período de clandestinidad-nuevamente a la luz del día. En *Certamen Internacional de La Protesta (1927)* (pp. 34-71). Buenos Aires: La Protesta.

Acevedo, E. (1934). *Anales Históricos del Uruguay*. Montevideo: Casa A. Barreiro y Ramos.

- Agorio, A. (1957). *Lasso de la Vega y la ronda del diablo*. Montevideo: Libreros Editores.
- Albornoz, M., y Galeano, D. (2019). Los agitadores móviles: trayectorias anarquistas y vigilancias portuarias en el Atlántico sudamericano, 1894-1908. *Revista Almanack*, (21), 310-357.
- Alfonso, P. (1970). *Sindicalismo y revolución en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo.
- Balbis, J., Caetano, G., Frega, A., Maronna, M., Trochón, Y., Rilla, J., y Zubillaga, C. (1991). *El primer batllismo: cinco enfoques polémicos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrán, J. P., y Nahum, B. (1981-1987). *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Caetano, G. (1993). *La república conservadora (1916-1929)*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Caetano, G. (2011). *La república batllista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Caetano, G. (2021). *El liberalismo conservador*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Caetano, G., y Jacob, R. (1990-1991). *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Caetano, G., y Neves, S. (2016). *Seregni. Un artiguista del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Cuadro, I. (2018). *Feminismos y política en el Uruguay del novecientos (1906-1932)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Delgado, L. (2017). *Anarquismo en el novecientos rioplatense: cultura, literatura y escritura*. Montevideo: Hum.
- D'Elia, G., y Miraldi, A. (1984). *Historia del movimiento obrero en el Uruguay. Desde los orígenes hasta 1930*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Didizian, K. (1967). *Julio César Grauert. Discípulo de Batlle*. Montevideo: Avanzar.
- Duffau, N. (2019). *Historia de la locura en Uruguay (1860-1911). Alienados, médicos y representaciones de la enfermedad mental*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República.
- Fernández, G., y Vidal, D. (2012). *Orígenes del Movimiento Obrero y la 1.ª Huelga General*. Montevideo: Aportes.
- Fernández Cordero, L., Muñoz, P., y Prieto, A. (2013). Tras los pasos de Virginia Bolten. *Políticas de la Memoria*, (14), 209-219.
- Garay, G. (2018). *La Liga Popular para la Educación Racional de la Infancia Montevideo: 1911-1916* (Tesis de posgrado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata).
- González, W. (2018). *La prensa de Montevideo, 1814-1825. Imprentas, periódicos y debates públicos en tiempos de revolución*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República.
- González Conzi, E., y Guidici, R. (1959). *Batlle y el batllismo*. Montevideo: Medina.
- González Sierra, Y. (1989). *Cronología histórica del movimiento sindical uruguayo*. Montevideo: Ciedur.
- Lobato, M. Z. (2009). *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo. 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa.
- López D'Alesandro, F. (1988-1992). *Historia de la izquierda uruguaya*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo.
- Louis, J. (2011). *Batlle y Ordoñez. Apogeo de la democracia burguesa. Del batllismo relegado al reformismo renacido*. Montevideo: Arca.
- Mechoso, J. C. (2009). *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. Tomo I. Raíces:*

- 1870-1940. Montevideo: Recortes.
- Moreno Meyerhoff, P. (2010). Prosopografía y emblemática. *Emblemata*, 16, 155-182.
- Muñoz, P. (2011). *La primera huelga general en el Uruguay, 23 de mayo de 1911*. Montevideo: La Turba Ediciones.
- Muñoz, P. (2017). *Antonio Loredó. Aletazos de tormenta. El anarquismo revolucionario a comienzos del siglo XX*. Montevideo: La Turba Ediciones.
- Muñoz, P. (s. f.). *La tormenta obrera: 1.º de mayo de 1913*. Ciudad: s. d.
- Muñoz, P. (s. f.). *Huelga en los Frigoríficos del Cerro. 1916-1917*. Ciudad: s. d.
- Pérez Couture, A. (1991). *Los estribadores y el «Kiosko Corney». Una experiencia «Obrerista» peculiar del Batllismo* (Monografía inédita, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- Pérez, A., y Pelerino, F. (1991). *La visión de la izquierda de la «política obrerista» del batllismo en 1915-16* (Monografía inédita, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- Peterson, L. E. (2004). *In the shadow of Batlle: Workers, State Officials and the creation of de welfare state in Uruguay* (Tesis doctoral, Universidad de Arizona, Arizona).
- Porrini, R. (2013). Anarquistas en Montevideo: ideas y prácticas en torno al «tiempo libre» de los trabajadores (1920-1950). *História: Debates e Tendências*, 13(2), 357-371.
- Porrini, R. (2015). Asociaciones de trabajadores, clase obrera y artesanado en Montevideo del novecientos. En A. Beretta Curi (Coord.). (2015), *Inmigración europea, artesanado y orígenes de la industria en América Latina* (pp. 165-186). Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República.
- Rama, C. (1956). Batlle y el movimiento obrero y social. En *Batlle, su vida, su obra*. Montevideo: Acción.
- Rama, C. (1969). La cuestión social. *Cuadernos de Marcha*, (22), 63-76.
- Rama, C. (1969). *Obreros y anarquistas*. Montevideo: Editores Reunidos.
- Rama, C., y Cappelletti, A. (1990). *Anarquistas en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Real de Azúa, C. (1964). *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Rodríguez Díaz, U. (1994). *Los sectores populares en el Uruguay del novecientos*. Montevideo: TAE.
- Suriano, J. (1988). *Trabajadores, anarquismo y Estado represor: de la Ley de Residencia a la Ley de Defensa Social*. Buenos Aires: CEAL.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- Vanger, M. (1991). *El país modelo. José Batlle y Ordoñez. 1907-1915*. Montevideo: Arca-Ediciones de la Banda Oriental.
- Vanger, M. (1992). *José Batlle y Ordoñez. El creador de su época. 1902-1907*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Vanger, M. (2009). *José Batlle y Ordoñez. 1915-1917. «Humanizando el capitalismo»: Uruguay y el Colegiado*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Vidal, D. (2017). Intelectuales y autoridad en el Centro Internacional de Estudios Sociales (Montevideo, 1900-1913). En M. I. de Torres (Ed.), *Territorios en disputa: prensa, literatura y política en la modernidad rioplatense* (pp. 105-128). Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad

- de la República.
- Vidal, D. (2019). La disputa por el pueblo entre el anarquismo y el primer batllismo (1903-1913). En R. González Leandri y A. V. Minguzzi (Comps.), *Narrativas de la cohesión social en publicaciones periódicas del Cono Sur americano* (pp. 183-207), 1900-1940. Madrid: Ediciones Polifemo.
- Vidal, D. (s. f.). *Literatura y cultura libertaria en el Montevideo del novecientos: discursos alterados*. Ciudad: s. d.
- Zubillaga, C. (1997). *Pan y trabajo: organización sindical, estrategias de lucha y arbitraje estatal en Uruguay (1870-1905)*. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Zubillaga, C. (2000). *Cultura popular en el Uruguay de la modernización: dos textos «desconocidos» de Edmundo Bianchi*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- Zubillaga, C. (2008). *Perfiles en sombra: aportes a un diccionario biográfico de los orígenes del movimiento sindical en Uruguay (1870-1910)*. Montevideo: Librería de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Zubillaga, C. (2011). *Cultura popular en el Uruguay de entresiglos (1870-1910)*. Montevideo: Linardo y Risso.
- Zubillaga, C., y Balbis, J. (1985-1991). *Historia del movimiento sindical uruguayo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.